

No podemos pensar de esta manera, pues vemos que ataca San Agustín á sus contrarios con tanta bondad y con tanta dulzura cuanta era al mismo tiempo la vehemencia de San Jerónimo en sus controversias. La vida de los cristianos encanta y persuade, pero sólo cuando su condición está en armonía perfecta con la doctrina que profesan. La verdadera fuerza probativa está en la doctrina. Si con ella se armoniza la vida, es más directa la impresión. Sin embargo, aun cuando se la deseche, aun cuando se la siga mal en la práctica, nada pierde de su verdad. Debe hacerse el examen de la verdad de la doctrina y no de la vida de los que la profesan. Por eso debe considerarse como de ningún valor el argumento que consiste en decir que millones de cristianos no se conducen de una manera digna de la sublimidad de su fe; puesto que nada absolutamente prueba. Si demostramos que un solo individuo que practica la virtud con verdad y con perfección, ha sacado de la fe sola toda la fuerza de esa práctica, hemos concluído. Gracias á Dios, nos será fácil probar que, si millares y millares de personas se han elevado al más alto grado de santidad, lo deben sólo á la fe cristiana. Y bastará para justificar nuestra fe, nuestra Religión y nuestra Iglesia. Porque, si es verdad que siempre y en todas partes encontramos la virtud real, pura y perfecta, cuando se aplican con toda perfección los principios de la doctrina cristiana (y facilísimo es probarlo), superfluo será ir más lejos en busca de pruebas.

8. Sola la Iglesia Católica es santa.—Tal es sin contradicción, la condición primera para que sean claramente reconocidas é íntegramente expuestas las enseñanzas que ha dado el Cristianismo.

Si sus modernos adversarios contemplan sin examen, como expresión de su doctrina sobre el desprecio, las máximas que, tomadas á la letra, han arrastrado al fanatismo á un metodista ó á un puritano; si todas las noticias de la Iglesia de otros tiempos y de su doctrina las han tomado de Gibbon, de la Historia de los

Maniqueos de Beausobre, y de Milman; si no saben distinguir entre el espíritu de mansedumbre evangélica que reina en la Iglesia y el sombrío orgullo de Calvino y de los jansenistas; si al menos dan la preferencia á éste, es cierto que no puede esperarse resultado alguno.

Hay, no obstante, una enseñanza que muchos no conocen, y que otros muchos no quieren conocer, ó desnaturalizan. Todos huyen de ella, aunque sea accesible á todos, y aunque no tema la luz del medio día. En medio de los fantasmas amenazadores del Maniqueísmo y de la Reforma que pretendían hacer del Mal el Dios del universo y la esencia misma del hombre; en medio de esos enemigos de la humanidad que en los siglos XVI y XVII negaban al hombre el placer de aspirar á todo lo noble y á todo lo bueno, al mismo tiempo que la fuerza para arribar allá; en medio de las lucubraciones religiosas del Tradicionalismo de la Alta Iglesia que llegaban hasta el aniquilamiento de la razón, y de las exageraciones más mitigadas, pero reales, del nuevo Tradicionalismo francés, que niega á nuestra inteligencia la capacidad de hallar por sí misma verdad alguna, si Dios no se las revela; en fin, en medio del Pelagianismo, del Racionalismo y del Humanismo que, negando en absoluto la corrupción que por todas partes nos acosa, encuentran suficientes fuerzas personales para llegar á la verdad y practicar el bien, pero que rechazan la gracia como superflua, elevase la doctrina de la Iglesia. Alejada igualmente de todos los errores que acabamos de notar, es la religión de toda equidad, la verdadera doctrina del justo medio y del orden en la más perfecta medida. Tiene hoy las mismas enseñanzas que predicó Pablo en el Areopago, las mismas que llevó Tomás á los Brahmanes, las mismas que comunicó Pedro á los Romanos. Conserva hoy los mismos principios que hicieron de un Agustín, joven libertino, un querubín abrasado por el fuego del amor á la castidad, los mismos que hicieron de Inés un modelo de pureza que llegaron á envidiar los ángeles. Jamás ha variado su tradición, jamás ha sufrido

la menor interrupción su Magisterio, que se perpetúa eternamente, y que ha recibido la misión de velar por ella. Abiertas están siempre las puertas de su aprisco. Con infalible certeza puede el ignorante instruirse en sus enseñanzas. En su doctrina hay misterios, pero no es un misterio esa doctrina. Cuanto ofrece puede examinarse, si se quiere; y se puede recurrir á los más antiguos testimonios para comprobar si hay desacuerdo entre lo que por todas partes y en todos tiempos ha profesado. Esta Iglesia es la Iglesia Católica, la única entre todas que en todas las épocas se ha atrevido á levantar la bandera de la santidad, como marca distintiva de la verdadera religión y de la verdadera Iglesia.

De su seno han salido y salen diariamente millares de santos y de almas perfectas. Jamás llegará á la perfección el que no sigue sus enseñanzas. Nadie ha cumplido sus mandamientos sin hacerse mejor. En una palabra, es la Iglesia una y santa. Á la doctrina de esta Iglesia remitimos á los que quieran unírseles en el examen que haremos de ella después. Nos hemos propuesto únicamente estudiarla al intentar tratar de la moral del Cristianismo, pues sola ella es una, verdadera é infalible. El error es múltiple, la verdad es una. ⁽¹⁾

9. Importancia de la historia general de la civilización para la apología de la vida cristiana.—Para llevar á cabo nuestra empresa, no pensamos encerrar nuestro plan en límites demasiado estrechos. No podemos dejar de estudiar la comparación establecida entre ella y las civilizaciones, tanto antiguas como modernas. No hay ninguna de éstas que no haya sido opuesta ó preferida al Cristianismo por sus adversarios; no importa que pertenezca á los tiempos antiguos ó á los tiempos modernos. Se nos impone el deber de no desperdiciar ocasión ni medio para demostrar la superioridad de nuestra fe sobre todas las civilizaciones del mundo. Sólo colocándose en el punto de vista más universal puede hacerse con resultados posi-

(1) S. Cirilo de Jerusalén, *Cat.*, 18, 1.

tivos la apología completa del Cristianismo. Y es necesario, en cuanto posible sea, poner á contribución todo lo que crece en los vastos dominios del espíritu humano. Es necesario examinar la religión y las costumbres religiosas, la mitología, la teología, la historia de los tiempos fabulosos, los refranes ó proverbios, la filosofía, la literatura, las artes, la ciencia de gobierno, la política social, la vida de los pueblos y la vida de la familia, la educación, los principios de formación y de instrucción, y, naturalmente, ante todo, la vida moral privada bajo todos sus aspectos; después la historia del pecado y la de la santidad. Parece superior á las fuerzas de un hombre solo tan vasta mirada dirigida á todas las ramas de la civilización y á la historia entera de la civilización. No se encuentra en realidad ahí toda la dificultad. No es imposible á un hombre reunir de todos los lados los materiales que pueden servirle. Lo principal, lo difícil es saber contenerse y escoger siempre de esos materiales lo más importante y más decisivo. Mas no se trata de escribir una historia completa y general de la civilización desde el punto de vista cristiano. Basta con no dejar en las sombras ninguna de sus manifestaciones importantes, y reunir en bien apretado haz las ideas dominantes que han presidido á la aparición de cada una de las civilizaciones que la han dirigido, una vez establecida, y ponerlas en parangón con las ideas cristianas. No daremos precisamente una historia de la civilización en el sentido propio de la palabra, será más bien una filosofía de la historia de la civilización, no hecha arbitrariamente, sino fundada en sólidas realidades.

10. Alcance y plan de la obra entera.—Cuatro grandes divisiones tendrá esta comparación, oponiendo constantemente el hombre al cristiano, y la humanidad al Cristianismo. Cuantos se alejan de nuestra fe, acuden á la humanidad pura, que es una de las palabras que encuentran siempre eco en el corazón humano.

Cuando alegan los enemigos de la Religión que la única causa que les mueve á rechazar nuestra fe es la reivin-

dicación de los derechos y el aseguramiento de la felicidad de la humanidad, pueden estar de antemano seguros de que tienen las simpatías del mundo. Legítimas son esas exigencias de libertad, y ni nosotros podemos sustraernos á semejante reclamación. Pero ante todo tenemos que examinar dos cuestiones. Primera: ¿qué entienden por humanidad? ¿qué posee el hombre? ¿qué es lo que lo constituye, si le consideramos solamente según la idea filosófica y moral que en nosotros despierta, y no según la cualidad de ser viviente? ¿Dónde están el hombre y la humanidad realizando mejor la idea que de ellos se puede formar? Segunda: ¿es el hombre ideal ese hombre tal como se nos presenta en la historia y tal como le conocemos por la experiencia? ¿No nos vemos obligados á admitir que el hombre que se nos aparece por doquiera en la historia y en la realidad, no es ni con mucho el hombre tal cual debiera ser, sino el hombre caído de la altura de sus destinos, y herido en la nobleza de su origen? ¿Lo que se busca como Ideal en la historia de la humanidad, merece el nombre de Humanidad, ó más bien el nombre de humanidad corrompida, el nombre de Humanismo? Haremos de este modo dos grandes divisiones: en la primera inquiriremos lo que pertenece á la verdadera naturaleza del hombre y á sus destinos y el modo cómo la una y los otros han llegado á su verdadera realización; según lenguaje de los antiguos teólogos, tratará esta parte de la naturaleza pura. Manifestaremos en la segunda que lejos de estar en el estado de naturaleza pura el hombre tal cual le encontramos actualmente por doquiera, no presenta sino caracteres de naturaleza caída, mientras una fuerza, más elevada, sobrenatural, no viene en su auxilio.

Tal es el asunto de que tratarán los dos primeros volúmenes. En el primero se trata de establecer una comparación entre la moral puramente humana y la moral cristiana; en el segundo, de examinar si el hombre, tal cual existe actualmente, y abandonado á sí mismo, se halla todavía en el estado de naturaleza pura y en qué medida, ó, si ha

caído de ese estado y se ha hecho incapaz de vivir en conformidad con su destino natural.

Añadiráse á esto un tercer orden de consideraciones que tendrán por objeto hacernos ver cómo curan las heridas de la debilidad humana la Gracia y la Religión cristiana, y cómo se eleva sobre sí misma la naturaleza, una vez curada, para cumplir una más grande tarea, rebasando la medida de sus fuerzas naturales. En fin, para abarcar todo el edificio, desde la base hasta la cima, pondremos á la vista las sublimes esferas de la perfección humana, á donde podremos arribar, siguiendo esta dirección.

Tenemos ante nosotros cuatro grandes partes, cada una de las cuales forma un todo perfecto, al mismo tiempo que están entre sí relacionadas con estrecha dependencia, y deben ser tratadas por separado, para dar un todo más completo. Es tan vasto el asunto, que nos veremos obligados á dejar á un lado cuestiones de la mayor importancia, como también muchos puntos pertenecientes á la Ética particular. Los reservaremos para un tratado especial, si se ofrece la ocasión, cuando hayamos terminado las cuestiones de doctrina que acabamos de indicar.

11. Alcance y plan del primer volumen.—Entraremos en materia por una de las más especiosas objeciones que se hacen al Cristianismo. Nuestra Religión, dicen, es enemiga de los sentimientos naturales del hombre; la virtud cristiana obstruye el camino á la virtud natural, cuando no está en oposición con ella. Demostraremos que, muy lejos de esto, admite el Cristianismo todos los impulsos de la naturaleza, santifica todo lo que es verdaderamente humano, y no sólo lo deja intacto, sino que lo ennoblece y lo perfecciona. Dejaremos para después el saber cómo mejora el Cristianismo la naturaleza corrompida, y cómo se eleva esta naturaleza á un nuevo estado, al estado sobrenatural. Para comenzar, nos atenderemos á esto: Lejos de excluir y de suprimir el Cristianismo lo que es verdaderamente humano, lo exige y lo favorece. Mientras que cualquiera otra civilización, lejos de adaptarse á la

naturaleza humana y á la verdadera humanidad, les es más ó menos perjudicial; el Cristianismo las supone y las toma por base. No dudaremos afirmar que es necesario ser verdaderamente hombre para ser verdadero cristiano. Para hablar más en puridad: jamás llegará nadie á ser verdadero cristiano, si no es verdaderamente hombre, y sólo se llega á ser hombre completo, y á realizar la verdadera humanidad, cuando se hace propia la vida cristiana.

Inútil decir que estas distinciones no señalan estados sucesivos, las exige la lógica. Creer que puede el hombre llegar á cierto grado de bien, y que la gracia no hace más que continuar lo que ya él había comenzado, es renovar el error de los semipelagianos. ⁽¹⁾ Ni una sola vez hacemos aquí cuestión de las relaciones que existen entre la Naturaleza y la Gracia, sino simplemente del campo que abraza la Naturaleza. Se trata de dirigir una mirada al hombre natural, á sus facultades, á sus destinos, y ver cómo los explican, de un lado las enseñanzas de los filósofos, y de otro lado la doctrina del Cristianismo. Y no consideramos todavía aquí á la Religión cristiana como revelación sobrenatural (lo haremos después) sino como doctrina, como civilización que contiene también mucho de lo natural y aun todo lo que es verdadera y puramente natural. Comparándola en sus principios constitutivos con las otras civilizaciones, veremos que la doctrina cristiana supone todo lo que es verdaderamente humano y natural. Y veremos, en fin, que, por medio de un auxilio particular que le es propio, ayuda á la inteligencia natural á poseer con claridad lo que conoció ya como verdadero, si bien imperfectamente. Porque si es cierto que mucho puede el hombre, no lo puede todo, abandonado á sus propias fuerzas. Puede llegar á la verdad y cumplir el bien conocido; pero conocer, sin errar, la verdad natural en toda su extensión, y observar, sin faltar en nada, la ley de la naturaleza completa, en su estado de actual debilidad, no puede hacerlo. Sólo, viniendo en su ayuda la gracia sobrenatu-

(1) V. Alvarez. De auxiliis, de 57, 15.

ral, podrá llegar al total cumplimiento de su tarea. ⁽¹⁾ En los pormenores puede actualmente mucho la naturaleza, pero la totalidad no la cumplirá sin el sostén sobrenatural de la gracia.

12. Aquí no hablaremos sino de la naturaleza para ganar, persuadir y confundir á los incrédulos.—Hablamos sólo de la naturaleza y del hombre, no hablamos de la gracia sino como de paso y por motivos muy poderosos. Por eso, los que están alejados de nuestra fe (si tienen deseos de instruirse, y lo deseamos á todos por la misericordia de Aquél que guía los corazones como dirige el curso de los ríos) hallarán desde el principio, terreno exento de toda contienda. Será un punto de partida enteramente neutro, y que les es común con nosotros. Si lo admiten no les haremos más concesiones que las que nos hacen ellos á nosotros. ¡Ojalá haya pronta inteligencia!

No dudamos de la buena voluntad de los hombres en general, pero conocemos la inmensa dificultad que hay para llamar la atención de ciertos espíritus. Los tiene sometidos de tal manera el mundo con sus medios de seducción, que no pueden fijar su inteligencia en cuestiones tan arduas como éstas. Y es una de las causas que nos han movido á citar con tanta frecuencia á los poetas de todos los pueblos y de todos los tiempos. Su lenguaje tiene cierto atractivo para la mayor parte de los hombres. Ciertamente que en caso de necesidad pueden pasarse sin su concurso las graves verdades que tratamos: mas no basta expresarlas, es necesario que se las lea y que cautiven. Y si espíritus tan austeros como Tucídides y Aristóteles se sirvieron de las galas de la poesía, si apologistas como Justino, Clemente, Agustín y Teodoreto creyeron que debían emplear ese medio en sus grandiosas apologías, para llamar la atención de sus adversarios, ¿dejaremos nosotros de emplear medios iguales hoy que el mundo experimenta horror á la seriedad del alimento de la inteligencia? Podemos muy bien repetir con el Taso á propósito de la verdad:

(1) Sto. Tomas, 1.^a, 2.^a, q. 109, a. 1, 2, 4.

Perdóname, si flores en tus sienes
Pongo, y tus rasgos no me llenan tanto. (1)

Y aun dice mayor verdad el Dante cuando habla de este modo:

Intolerable sed: sólo se sacia
Con la virtud del agua de la gracia
Que dióse á la mujer de Samaria. (2)

¡Si sólo á estas aguas vinieran á parar los hombres! Pero están tan hastiados de goces artificiales, que les asusta todo lo que aparece sencillo y sin adornos. Puede muy bien decirse con el antiguo refrán que «es necesario azucarar bien la salsa para servir la verdad en la mesa de los maestros». (3) Y hoy, los grandes, los sabios maestros son los estudiantes. ¡Ojalá pueda llamar algo la atención de nuestros contemporáneos hacia nuestros rasguños el medio de que nos servimos! Es nuestra única ambición. Si llegan á darse á conocer, seguirán su camino.

Para que no haya duda en la certidumbre á que hemos llegado, y en nuestra sinceridad, pedimos á los que han de leer estas páginas, que se sirvan examinar todos nuestros pasos con la más escrupulosa atención, y que sean circunspectos. Quizá, al poner el pie en este terreno, se crean en su propia casa. Quizá esperen vernos tropezar y caer á cada paso. Sea lo que quiera, con valor haremos la prueba. Y podrá decirnos el resultado, que estaban en su elemento menos de lo que pensaban. No habrá necesidad de pruebas, y nos dispensarán este trabajo.

Apenas hemos pronunciado la palabra de reto moral, y ya se nos han puesto por delante con esta queja en sus labios. «¿Quién os ha dado licencia para imponer al hombre tan onerosos sacrificios? Todo lo que sabéis de la Religión cristiana está reducido á que pone sobre nosotros intolerable carga. ¿Con qué derechos afirmáis que la religión na-

(1) El Tasso. *Jérusalem délivrée*, I, 2.

(2) Dante. *Purgat.*, XXI, 1, s.

(3) Sailer. *Weisheit auf der Gasse*. (G. W. 1819, XX, I, 95).

tural y la conciencia humana (que es lo único que podemos admitir nosotros) imponen al hombre deberes de tan difícil cumplimiento?» Hemos previsto la objeción y no la tememos. Esperamos probar hasta la evidencia que esas exigencias, que se dicen exageradas, propiamente hablando, no son de origen cristiano, sino que son principios grabados en el corazón de todos los hombres y pertenecen á los dominios de la ley natural. Y para cerrar la puerta á toda contradicción sobre este punto, hemos acudido tan de buen grado al testimonio de los paganos. Y para hacer más evidentes sus nobles esfuerzos, con gusto citamos aquí las inspiradas palabras de Stolberg:

De las estrellas á la luz incierta
Buscaban su sendero, á la aventura
Siguiendo su camino; en la desierta
Soledad de aquel caos su ventura
Requerían los sabios, con clamores
Y ademán agitado su pavora
Pretendiendo vencer en sus dolores:
De la virtud subiendo la pendiente,
Del ágil joven piden los ardores... (1)

¡Ah! si leyera nuestros incrédulos contemporáneos cómo los antiguos reconocían públicamente como obligaciones impuestas al hombre, aun cuando en realidad no las practicaban, lo que desechan por pretendidas exageraciones del Cristianismo, la vergüenza les saldría á la cara. Cuando lo lean, se verá la razón que nos asiste, al decir que nuestros adversarios no conocen ni su mismo terreno. Ya en otro tiempo dirigía esta acusación San Esteban á los miembros del Sanedrín: «Duros de cerviz é incircuncisos de corazones y de orejas, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo, como vuestros padres... Ellos mataron á los que anunciaban la venida del Justo, del cual vosotros ahora habéis sido traidores y homicidas; recibisteis la ley por ministerio de los ángeles y no la guardasteis». (2) También nosotros po-

(1) Janssen, Stolberg, I, 140.

(2) Act. de los Apóstoles, VII, 51, 52, 53.